

duda, ha de continuarse allí el metódico ahondamiento de los problemas; el análisis, si no exhaustivo, al menos acucioso y pleno de abundante información; la geográfica preocupación por concatenar los hechos de superficie que apuntan a la población.

A diferencia de las vacías listas que, en muchos libros, suelen formar un desconectado apéndice, la bibliografía de éste, indicada a pie de página, señala la extensión del esfuerzo y el real aprovechamiento de los títulos. Lo mismo puede decirse de las ilustraciones, oportunas, y de las 27 fotografías, bien seleccionadas.

M. Z.

F. O s b o r n , *Los límites de la Tierra*, Traducción de Francisco Aquino, Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1956, 198 p.

Toda la obra gira alrededor del problema de alimentar a una población mundial cada vez mayor, la que, según este autor norteamericano, adquiere proporciones alarmantes. Luego de analizar las posibilidades de distintas regiones del globo llega a conclusiones de carácter pesimista. Sostiene que ya no existen fronteras ni lugares ignotos y que los hombres de los más apartados rincones tienden a un futuro común: "la demanda insatisfecha de lo indispensable para vivir de una población que crece rápidamente".

Para él existe una relación, que debe mantener su equilibrio, entre los recursos de la tierra y la población. Cuando este equilibrio se rompe, todo se derrumba. Ésta, y no otra, es la causa de caídas de civilizaciones, culturas, imperios.

Las que fueran tierras fértiles de las que vivían Babilonia, Egipto, Asiria, asentando su grandeza, hoy están cubiertas por gruesas capas de arena. El mismo Platón se había dado cuenta de que las tierras del Ática habían sufrido una transformación profunda por cuanto los bosques que cubrían las montañas habían desaparecido, los ríos recorrían terrenos estériles, la aridez y la tristeza reemplazaban a los ricos vergeles de sus antepasados; pero él era incapaz de establecer la causa de tal fenómeno. Osborn encuentra la explicación en la devastación sistemática efectuada por el hombre mismo como consecuencia de guerras continuas, de políticas inadecuadas o de natural desgaste de las tierras por el uso intenso que se hizo de ellas.

Refiriéndose a Gran Bretaña, manifiesta que lo que obligó a esta nación a extender sus dominios a través de los mares no fue tan solo la ambición de acumular riquezas, sino, lo que es más grave, asegurarse la alimentación de su población.

A Nueva Zelandia la considera demasiado pequeña para ser un poderoso contribuyente a la alimentación mundial. El Canadá, por su parte, ofrece extensas praderas para ser cultivadas en forma intensa;

pero las heladas a las que está naturalmente expuesta y las lluvias irregulares arruinan, a veces, cosechas enteras. La Argentina, en cambio, vio perjudicada su economía agropecuaria por una equivocada política industrializante, que la priva, según el autor, de los alimentos indispensables a sus propios habitantes y de los excedentes para ser exportados.

Al tratar sobre Estados Unidos considera que su excesiva población se alimenta mal, que las tierras han llegado al límite de las posibilidades agrícolas, aun aplicando todos los adelantos técnicos para evitar la esterilidad de la tierra, el avance de la erosión y la falta cada vez mayor de agua.

Tampoco Australia puede dar lo que ella misma no tiene, ya sea por las extensiones áridas con que cuenta, como por la falta de aplicación de los adelantos técnicos en las prácticas agrícola-ganaderas, o su política industrializadora, de la que es contrario en países cuya economía está aún en la etapa agropecuaria.

El África, tierra de promisión de los economistas, no presenta para el autor, sin embargo, tan halagüeñas esperanzas. Su población se alimenta en el presente muy por debajo del nivel decoroso, pese a las exportaciones de materias alimenticias. La explicación la encuentra en que todo lo que se refiere a este continente constituye más un mito que una realidad, puesto que las tierras feraces como las del Nilo—que fundamentaron un riquísimo imperio— ya no lo son en la misma medida. Los desiertos, que ocupan grandes extensiones, pueden mejorarse; el acceso a las regiones selváticas es difícil por la topografía del terreno y es casi imposible aprovechar las amplias sabanas íntegramente, debido al flagelo de la mosca tsé-tsé. Considera que, salvados estos inconvenientes y otros de origen social, puede mirarse a este continente como una futura fuente de recursos.

También el Amazonas presenta características que a primera vista pueden tomarse como promisorias; pero inconvenientes como el de las lluvias intensas, que convierten a esa extensa planicie en un mar interior, el de las plagas animales y vegetales, que suelen ocasionar cuantiosas pérdidas; y los malos sistemas económico-sociales hacen difícil el aprovechamiento de tan importante región.

El panorama del lejano oriente es desolador. La presión de la población se hace sentir desde tiempos remotos. En China e India el cuadro es pavoroso. Las tierras ya exhaustas, incapaces de conceder sus favores, convierten a esa sociedad en la representación dolorosa del hambre y del continuo sometimiento.

Concluye su obra con algunas soluciones como el aprovechamiento de los recursos marinos, hasta ahora explotados en forma insuficiente; la aplicación de nuevos abonos químicos, nuevas medidas que tiendan a equilibrar el nivel social y, en fin, el uso de la energía nuclear.

ESTELA O. MARCHESI